

## DIALOGOS SOBRE PERSONALIDAD, IDENTIDAD Y NARRATIVA

Alberto Carreras  
Juan Luís Linares

Publicado en rev. REDES, 2ª época, nº 16, septiembre 2006, págs. 83-95

### RESUMEN

*La noción de “identidad” supone un reto para los terapeutas relacionales, en la medida en que estos han tenido que hacerla operativa desde la inicial resistencia de los primeros usos sistémicos, que la hacían antagónica a los elementos relacionales que se pretendían destacar. Vencidas estas resistencias, el concepto “identidad” muestra su alcance teórico y sus límites, así como la necesidad de seguir profundizando en las diferencias y complementariedades entre ese concepto nuclear y las narrativas que a través de él se generan. Todo ello, para destacar la necesidad de disponer de instrumentos teóricos que nos permitan, como terapeutas, incidir en el espacio en que convergen el individuo y los sistemas relacionales más significativos.*

Palabras clave: *identidad, narrativa, identidad social, mitología, identidad cultural, Individuo.*

### ABSTRACT

*The notion of “identity” poses a challenge to relational therapist insofar as they have had to make it operative following the initial resistances associated with the first systemic uses of the concept, where it clashed with the relational elements which therapist sought to highlight. Once these resistances have been overcome the concept of “identity” reveals both its theoretical scope and its limits, as well as the need to explore in greater depth the differences and complementarities between this nuclear concept and the narratives generated by means of it. Having considered these issues the paper highlights the need for theoretical instruments that enable us, as therapists, to have an influence in the space where the individual and the most important relational systems converge.*

Key words: *Identity, narrative, social identity, mythology, cultural identity, individual*

Estos diálogos se iniciaron tras una sesión de doctorado sobre la identidad que Juan Luís Linares impartió en Zaragoza como profesor invitado de Alberto Carreras. Después han sido completados y redactados por medio de correos electrónicos. Partimos de un acuerdo básico respecto a la teoría de Juan Luís Linares sobre la identidad personal. Pero la diferencia y el debate surgen a propósito del concepto “identidad cultural”, acerca de si es o no adecuado en su uso socio-político o si es útil para la psicoterapia. Juan Luís Linares es más crítico con la idea de identidad cultural, mientras que Alberto Carreras quiere salvar los conceptos de identidad social o cultural, sacándolos de su uso mítico para hacerlos operativos.

Nuestra conversación comienza sobre los acuerdos preliminares.

**Alberto Carreras:** Me ha parecido muy afortunada tu visión de la personalidad. Si mal no recuerdo, la has definido como la “experiencia relacional acumulada”, fusionando así la experiencia individual con el mundo de las relaciones, en lugar de oponerlos, como se hacía en los primeros tiempos de la terapia familiar. Podríamos decir que la personalidad es la cristalización del mundo relacional de cada uno.

Incluso lo genético –ese substrato biológico que hace posible nuestra vida y nuestra conducta– queda subsumido por lo relacional, esto es, por nuestras interacciones con los demás. Tu definición me recuerda aquello de que “el hombre es el conjunto de sus relaciones sociales”; pero tus palabras tienen en cuenta, además, la historia de esas relaciones cuando te refieres a la personalidad como experiencia “acumulada”. ¿Quieres precisar algo sobre ello?

**Juan L. Linares:** Bueno, hay un par de matices importantes a añadir. Uno es la idea, que parece obvia pero no lo es, de que la *personalidad es la dimensión individual de la experiencia relacional acumulada*. No es obvia porque supone un necesario reconocimiento de que los psicoterapeutas no trabajamos con relaciones en abstracto, sino con individuos en relación. Y hay gente que se empeña en hablar de personalidades colectivas. Mi propuesta, en cambio, supone volver al BATESON de la *mente relacional* o a la lógica, también batesoniana, de la *cismogénesis*: definir al individuo desde la relación, no negarlo con la relación como pretexto.

El otro matiz es que todo ello se produce *en diálogo entre pasado y presente*. Me parece necesario porque los humanos somos seres históricos, pero no esclavos del pasado, ya que contamos con la maravillosa posibilidad de redefinirlo desde el presente. Es una función cultural y, como tal, típicamente humana, aunque existe una versión biológica que compartimos con las restantes especies animales: la capacidad de mutar. Ocurre que, a veces, nos extralimitamos en nuestra posibilidad de redefinir el pasado y pretendemos redefinir la historia (¡eso no lo harían jamás los pobres animalitos!), dando lugar a aberraciones de todas conocidas, como la Enciclopedia Soviética, que se inventaba la historia en cada edición. La capacidad de redefinir el pasado, sin embargo, es fundamental para el cambio, y, en consecuencia, el más valioso aliado de la actividad psicoterapéutica.

**A.C.** También me ha parecido interesante, como siempre desde que publicaste tu libro, la distinción entre *identidad y narrativa*, a las que consideras como dos estratos dinámicos de la personalidad, con diferente “profundidad” o con un “peso” diferente y con desigual ritmo de cambio. Retengo especialmente eso de “dinámicos” porque ni siquiera el núcleo central (*identidad*) resulta algo fijo, estático e inmutable.

Me parece que tu par *identidad y narrativa* conjuga bien, por un lado, el sentimiento de continuidad del “yo” a lo largo del tiempo y, por otro lado, la percepción de nuestros continuos cambios, la adopción de nuevos roles y narrativas sociales y la desaparición de otros.

Al integrar ambos estratos se evita la confrontación entre la visión clásica de una personalidad fija y rígida, por un lado, y la disolución de la personalidad que nos presentan muchas teorías postmodernas o constructivistas. Para estas últimas, la identidad es socialmente construida y uno la va negociando –consigo mismo y con los otros- según el momento, el contexto, el estado de ánimo, etc. Intenta unificar la experiencia presente, pero es plural. Incluso su continuidad en el tiempo es un constructo mental. No hay un “self” sino muchos “selves” (Gergen y Davis, 1985; Gergen, 1991; Anderson, 1997, Strawson, 1997).

¿Quieres corregirme en algo estas apreciaciones mías, o comentarlas más?

**J.L.L.** La narrativa constituye algo así como el tejido conectivo de la personalidad. Pero la narrativa “en bruto” no permite el desarrollo de una estructura. Para ello necesita un principio organizador o jerárquico, el órgano rector, el núcleo duro, el punto de anclaje o como lo queramos llamar: es la identidad.

La identidad es un producto narrativo especializado que, probablemente se empieza a desarrollar muy precozmente (primeros meses de vida intra o extrauterina) y no se termina nunca. La especialización identitaria se produce, desde la narrativa, dirigida por la nutrición relacional: vivencia de ser complejamente amado (o de participar en una relación complejamente amorosa). Y ello ocurre en el contexto de unos sistemas relacionales, empezando por la familia de origen, dotados de una organización y una mitología que definen el proceso.

La personalidad es, pues, ese binomio narrativo/identitario generado en un contexto experiencial regido por la nutrición relacional. La cual, a su vez, es definida por la organización y la mitología de los sistemas de pertenencia y, especialmente, de la familia de origen.

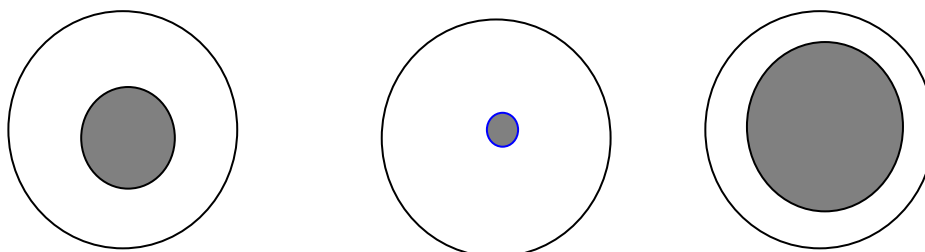
**A.C.** Hace dos años utilizabas esta distinción entre identidad y narrativa para definir dos tipos de personalidad, según prevaleciera en ellos una u otra. También te servían para trazar unas líneas terapéuticas ¿Mantienes aún esas ideas o quieres matizarlas?

**J.L.L.** Siempre hay que matizar. No es que yo contrapusiera identidad y narrativa, en el sentido de que en unas personalidades predominara la una y en otras la otra. Mi discurso arranca de la identidad, o de lo que, para descartar toda tentación dicotómica, podríamos llamar *narrativa identitaria*, afirmando que su extensión o grado de desarrollo varía de unas personalidades a otras. La identidad no es un bien absoluto, por lo que la maduración o el desarrollo psicológico no consiste en tener “mucho” identidad. Se trata, por el contrario, de que la narrativa identitaria sea limitada pero coherente, pudiendo servir de amarre al conjunto de la personalidad. Ello no ocurre si la identidad está hipertrofiada, puesto que entonces invade toda la personalidad ahogando a la preciosa *narrativa no identitaria*. Ni tampoco ocurre si la identidad está atrofiada o limitada a un mínimo, porque entonces pierde su capacidad de equilibrar a la narrativa no identitaria y, por ende, a la personalidad en su conjunto.

De forma muy simplificada, lo podríamos representar en el cuadro siguiente:

Tipo de identidad	Características de la personalidad	Patologías típicas	Fuentes configuradoras de estas patologías	Líneas directrices de la intervención terapéutica
Identidad hipertrofica que asfixia a las narrativas no identitarias	Inflexibilidad, rigidez fanatismo.	Trastornos Psicóticos.	Identidad configurada bajo el signo de la triangulación desconfirmadora y el no reconocimiento.	Destriangulación y reconfirmación. Fomento de diadas. Generar nuevas mitologías reconfirmantes y ampliar la narrativa no identitaria.
Identidad hipotrofica. Narrativas no identitarias escasas y dispersas.	Inconsistencia, dependencia, dificultad para establecer vínculos sólidos.	Sociopatías. Familia Multi-problemática.	Identidad configurada bajo el signo de la caotización.	Reconstrucción de una organización muy deteriorada y de una mitología casi inexistente. Consolidar las narrativas no identitarias.

**A.C.** Si te parece bien podríamos utilizar estas figuras para representar la personalidad como dos círculos concéntricos: la identidad como núcleo y la narrativa como periferia. La primera figura representaría la personalidad normal, la segunda la personalidad con escasa identidad y la tercera la de una identidad excesiva y rígida.



Figs.1.1, 1.2 y 1.3. Personalidades con un núcleo identitario (representado por la parte central más oscura) normal, mínimo e hipertrofiado.

Me agrada también que aclares e insistas en que la dualidad identidad-narrativa no es tanto una oposición (o...o...) cuanto una distinción gradual (más o menos nuclear, importante, negociable, etc.). Pues la identidad no está exenta de narrativa. Lo importante es recalcar que hay narrativas más nucleares mientras que otras son más periféricas; es una diferencia de grado.

Me recuerda a una distinción sobre la que se habló mucho hace años; la que quería oponer lo genético a lo cultural dentro de nosotros. En realidad, más que oponerse, ambos factores se complementan, pues todo lo genético se desarrolla en un ambiente cultural y, al mismo tiempo, ningún aspecto cultural puede tener lugar en contra de lo genético biológico. De los genes depende la posibilidad de ser lo que somos, así como la de poder ser muchísimas otras cosas que no somos, o que no llegaremos a ser nunca. Pero al mismo tiempo todo lo genético, corporal e instintivo, está mediado por la cultura. Nuestro mismo cuerpo se desarrolla a lo largo de una historia y un contexto que lo va moldeando, pero además el significado o el valor que le atribuimos a él y a cada una de sus partes, está condicionado por la cultura social, familiar, etc.

De un modo semejante, y por volver a nuestro tema, también podemos decir que todo nuestro yo está impregnado de narrativa. Pero que algunas de estas narrativas son mucho más prioritarias que otras; es decir, más “nucleares” y son éstas las que denominamos *identitarias*.

**J.L.L.** Quiero hacer una advertencia. Dices bien que la identidad o núcleo de la personalidad no está exenta de narrativa y que no es inmutable, aunque constituya la parte de nuestra personalidad a la que no renunciamos sin traumatismos.

Tampoco tengo nada que oponer a la comparación que has hecho sobre la culturalidad de todo lo genético. Pero no quisiera crear confusiones; no deseo que alguien interprete que lo que yo llamo identidad se limita a “lo genético”. No quisiera que se entendiese mi modelo como una oposición entre identidad y cultura, con lo que nos meteríamos en otro terreno, el de las identidades culturales, cuyo uso en psicoterapia he criticado en varias ocasiones. Y lo he criticado, entre otras cosas, porque no creo que haya tales “identidades culturales”. Para mí la identidad es un concepto rigurosamente individual y lo que se llama identidad cultural no es sino mitología.

**A.C.** Bueno, puede ser un mito hablar de la identidad de una cultura, como si ésta fuese algo inmutable y permanente a lo largo del tiempo; como una de esas esencias creadas por los metafísicos, impresas en cada uno de los individuos. Sería mitológico hablar de la identidad germánica, vasca o islámica, entendidas como algo permanente de lo que cada individuo participa.

Sin embargo yo creo que podemos hablar de identidades sociales o culturales de forma operativa e interesante, si entendemos –como lo han entendido quienes primero comenzaron a hablar de “identidades sociales”- que las identidades sociales de una persona están constituidas por los valores, creencias, reglas de conducta, estilos de vida, etc., que ella tiene en virtud de su pertenencia a un grupo social que los comparte. Así Tajfel (1972) la definía como “aquella *parte* del autoconcepto de un individuo que deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo (o grupos) social junto con el significado valorativo y emocional asociado a dicha pertenencia”

**J.L.L.** Cuando digo que la identidad cultural es un mito me refiero a que ni los grupos –ya sean de pocas personas ya sean supranacionales- ni las culturas de los grupos poseen *identidad*. Sólo tienen identidad los individuos. La identidad (*idem-entitas*, es decir, *la misma entidad*) se da en los individuos. Las culturas -como he dicho- tienen organización y mitología, pero no un núcleo identitario. La cultura es al sistema relacional lo que la personalidad es al individuo. La organización y la mitología son los dos grandes elementos definitorios de la cultura o de un sistema, como puede ser el familiar.

Personalidad (ámbito individual)	Sistemas y culturas (ámbito de lo relacional)
Identidad	Organización
Narrativa	Mitología

**A.C.** Creo que estamos expresando cosas distintas con la misma palabra “identidad”. Si proseguimos, quizás alcancemos un punto común de llegada, si conseguimos sintetizar tu visión de la identidad personal con la consideración postmoderna de la pluralidad de “identidades”. Yo voy a abogar por esta visión plural. ¿Te parece?

**J.L.L.** Desde luego. Pero que conste que yo no niego que la identidad cultural exista ... en el individuo. Es decir, que éste, en mi opinión, construye su identidad con elementos procedentes de las mitologías de sus sistemas de pertenencia: familia, sociedad, etnia, etc.

**A.C.** Para simplificar, entre nosotros podemos hablar indistintamente de identidades “sociales” o identidades “culturales”. El nombre es distinto por su procedencia y por la diferente interpretación de lo social y lo cultural (igual que en antropología los americanos hablan de una antropología cultural y los ingleses de una antropología social). Pero para nuestro contexto las *identidades culturales* son una concreción de esas *identidades sociales*. Por definición, tendríamos tantas identidades sociales cuantas pertenencias a grupos sociales distintos. Es decir, que cada grupo social con el que nos “identificamos” constituye una identidad social.

Los grupos sociales con los que nos identificamos, los diferentes “nosotros” -que contraponemos a “los otros”- pueden ser de una extensión muy variada, desde un matrimonio hasta un grupo de naciones, como es Europa, o una cultura multinacional, como el islamismo. Pero sea del tamaño que sea, cada grupo social tiene su propia cultura (o subcultura), mitos, creencias, valores, ritos, reglas de conducta, etc.

**J.L.L.** Claro, pero lo que yo sostengo es que el individuo toma para su identidad algunos constructos de cada uno de esos sistemas a los que pertenece y con los que se identifica.

**A.C.** Insisto en defender la utilidad y conveniencia de tomar en cuenta las identidades sociales. Ello nos proporcionará una visión distinta de la personalidad y de sus patologías y sugerirá otros caminos terapéuticos. Mi intención no es la de oponer este modelo al tuyo, sino la de intentar alguna síntesis entre ambos.

Podríamos describir este modelo de personalidad mediante la metáfora de la tarta, aunque sea una muy imperfecta comparación.

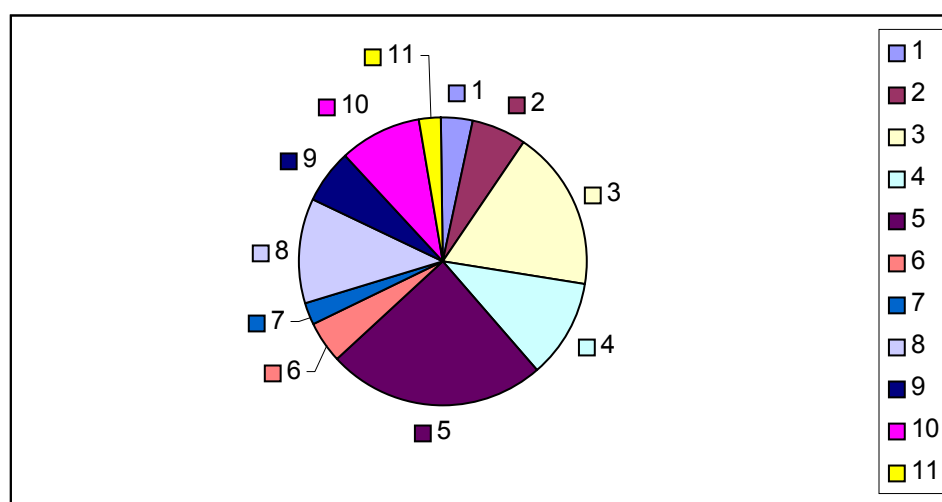


Figura 2. Metáfora de la “tarta” sobre la distinta importancia relativa de las identidades sociales de una persona. Por ejemplo, 1. identidad genealógica, 2. identidad política, 3. identidad profesional, 4. identidad étnica, 5. identidad familiar, 6. identidad religiosa, 7. identidad local, 8. identidad nacional, 9. identidad de aficiones compartidas, 10. identidad de clase social, 11. identidad de grupo de amistad etc.

Según este modelo, nuestra personalidad no es única sino que presenta un conjunto de facetas, partes o aspectos, que tienen que ver con los roles que jugamos (hijo, cónyuge o padre; profesor o médico; amigo, rival o compañero de deporte; vecino, cliente, militante político, creyente religioso...) o con las relaciones interpersonales que establecemos. Por ejemplo, Gergen recoge la idea de James y de los *interaccionistas simbólicos*, según la cual cada relación que establecemos constituye un “yo social” nuestro. ¡Y tenemos hoy tantas relaciones o “yos sociales”! ¡Y pasamos de una a otra con ritmo tan acelerado! De modo que su concepto de “yo saturado” y de “multifrenia” como característica de las personalidades actuales normales me parece acertado.

Las múltiples identidades constituyen una visión postmoderna de la personalidad o de la identidad personal. Pero también un terapeuta familiar estratégico, como es Jorge Colapinto (1999), usaba en Zaragoza esta imagen de la tarta dividida en muchos pedazos o “quesitos”, cada uno de los cuales representa aspectos del *si mismo* teniendo en cuenta los papeles sociales que uno juega, o las relaciones que establece. Y atribuía a Salvador Minuchin el empleo de esta metáfora antes de que fuera “descubierta” por los postmodernos. Y antes de que los sociólogos comenzasen a hablar de las “identidades sociales”

A partir de aquí, Colapinto establecía una regla terapéutica: apoyarse en las “partes” sanas de la identidad de un individuo para hacer cambiar las “debilitadas” o las “disfuncionales”.

Ahora, utilizando este modelo de la tarta, yo propongo considerar que la personalidad de un individuo estaría definida

a) por su composición. Esto es, por el número y tipo de componentes o “partes”, teniendo en cuenta el peso específico de cada una de estas identidades en un momento dado (o a lo largo de un periodo de tiempo), y

b) por la forma de gestionar estas identidades. Esto es, no sólo por la manera de desempeñar cada una de ellas, sino también por la manera de gestionar el conjunto, pasando de unas a otras según el contexto, e intentando alcanzar una integración o unificación de las mismas.

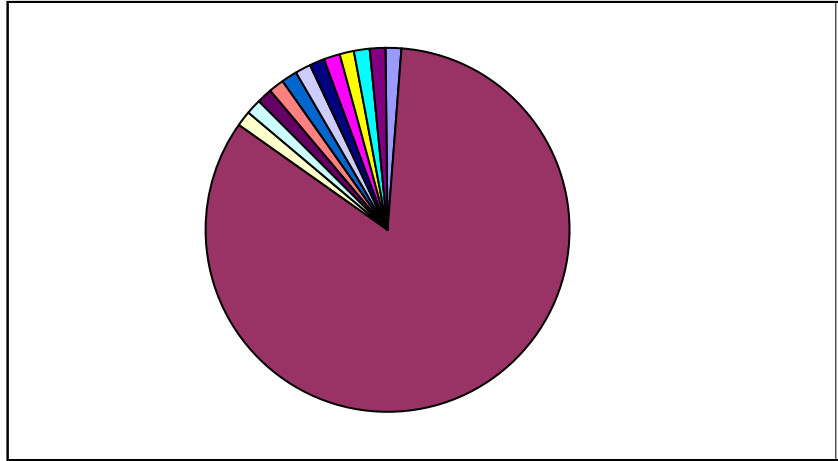
Según este modelo, la personalidad es plural y cambiante. La importancia de cada parte (la magnitud del “quesito” correspondiente) varía de unos momentos a otros, según estemos en un contexto familiar, profesional, de amistades, etc. Y varía según el ciclo vital, las etapas de la vida profesional, etc.

Considero que este modelo de personalidad múltiple resalta tres cualidades: 1) la pluralidad de identidades, 2) la flexibilidad o adaptabilidad, pasando de una a otra de forma adecuada según el contexto, y 3) la consecución de una cierta coherencia entre todas ellas. Si algo de esto falla se producen diferentes patologías. Algunas de ellas serían

- La inflexibilidad o inadaptación al contexto (por ejemplo, actuar como padre, como hijo o como cónyuge en el trabajo profesional o en el círculo de amigos).

-La *monoidentidad* obsesiva. Esta rigidez o falta de adaptabilidad, en su caso extremo, es la que señala Maalouf como origen de los fanatismos; se trata de la personalidad obsesionada con una sola identidad (étnica, religiosa, profesional), que relega y asfixia a todas las demás. (Ver figura 3).

- En el extremo opuesto está el de la “multifrenia” y la desconexión entre las diferentes identidades. Cuando no alcanzamos a crear una narración que nos permita integrar a todas ellas.



- Fig.3 La monoidentidad. Personalidad del obsesionado con una de sus identidades (religiosa, nacional, étnica, futbolera, etc. Conduce al fanatismo o a las “identidades asesinas”, según A. Maalouf

**J.L.L.** Interesante. Pero lo que yo critico de esta pluralidad de identidades, a las que se refiere Gergen, es que en ese modelo la personalidad está descoyuntada, sin articulación. No distingue entre las pertenencias a grupos que son muy fundamentales y aquellas que lo son poco; y no distingue entre lo que yo he llamado núcleo identitario frente a las narrativas de la personalidad.

Habría que decir que en cada una de esas “identidades sociales” hay una parte más nuclear y una más adaptable. El modelo no permite entender esta distinción que considero fundamental.

**A.C.** Por eso hablaba yo de que el modelo de la tarta no es completo. Y mi propuesta es ver si puede llegar a fusionarse con el tuyo. Es importante saber si concibes esta posibilidad.

Pero antes debemos deshacernos del equívoco surgido con el uso de la palabra “identidad”. Si lo reservamos para hablar del núcleo de la personalidad, como lo haces tu, propongo que en esta conversación cambiemos la palabra “identidades sociales” por la de “identificaciones sociales”. Es una palabra apropiada para referirnos a esa parte de cada persona que deriva de su pertenencia a grupos sociales con los que se “identifica”.

Podríamos, pues, decir que tenemos una sola identidad o núcleo, pero muchas “identificaciones” sociales; y de suyo, los demás nos pueden identificar por cualquiera de ellas.

**J.L.L.** No hace falta cambiar las palabras usuales. Basta con que sepamos usarlas según su contexto. Yo puedo aceptar sin problemas usar el término “identidad social”, siempre que se sobreentienda que se refiere a lo que el sujeto ha tomado de las mitologías sociales para incorporarlo a su identidad. Explícame tu propuesta de síntesis para que podamos debatirla.

**A.C.** Bien. Un primer intento de síntesis es el de superponer ambos modelos. Según ello, cada parte de la tarta (identidad familiar, sexual, nacional, étnica, religiosa, deportiva...) tendría su núcleo y su narrativa (ver figura 4).

Es el que propuse en Viena hace un par de años, pero lo considero incompleto. Podríamos decir que cada identidad tiene una parte nuclear y otra periférica, algo como los distintos aspectos de la “persona” (parte interna) frente a los “personajes o personalidades sociales” que ésta narra a los demás o se narra a sí mismo (parte superficial); o la diferencia entre lo que Berne llamaría “intimidad” frente a los “juegos”.

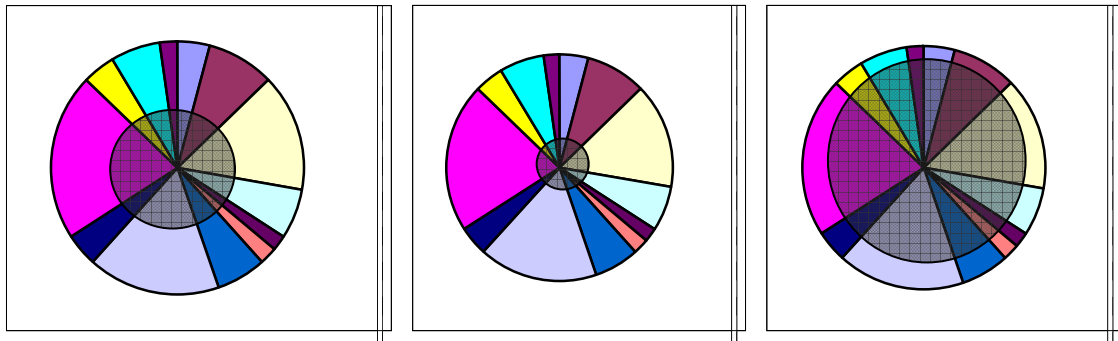


Figura 4. Un intento de síntesis del modelo “identidad-narrativa” y del modelo de las identidades sociales.

**J.L.L.** Pienso, efectivamente, que el modelo no es completo, porque no toma en cuenta la articulación entre los sistemas, así como su desigual importancia. Los diversos sistemas relacionales de pertenencia –con los que se dice que nos “identificamos”- se articulan entre sí y ejercen una influencia decisiva (definen o sobredeterminan) sobre la personalidad de los individuos miembros, dependiendo tanto de los flujos y balances de la nutrición relacional como de la forma en que se produce la citada articulación intersistémica.

Es decir, una familia de origen será, con toda seguridad, el más importante sistema de pertenencia, pero nutrirá relacionalmente a sus hijos dependiendo tanto de sus procesos internos (su organización y su mitología) como de su capacidad o sus posibilidades de integrarse armoniosa y críticamente en sistemas más amplios, de cuyas culturas actúa como intermediaria.

**A.C.** Ya veo. Quizás estamos discutiendo sobre la importancia de la familia en la identidad personal; de no equipararla a otros sistemas que pueden tener también interés.

El modelo de síntesis que he propuesto tiene en cuenta el diferente “peso” (superficie del “quesito”) de cada sistema de pertenencia, pero no su desigual cualidad en cuanto a nuclear (identitario) o periférico (narrativa). Con ello, el modelo quita protagonismo al sistema familiar.

De modo que estaríamos hablando, por un lado, de un modelo de personalidad plural que no toma en cuenta el papel más nuclear del sistema familiar, y por otro lado, de otro modelo, centrado en la familia, en el que todos los otros sistemas de pertenencia quedan relegados, o sólo tomados en consideración en cuanto que están mediados por el sistema familiar.

Por mi parte pienso que sigue siendo posible integrar los dos modelos, pero no voy a intentar un nuevo gráfico que represente el nivel de “nuclearidad” de los distintos sistemas de pertenencia o de las diversas identidades del individuo.

Solo añadiré algo sobre el papel de la familia en cuanto “intermediario” de otros sistemas o de otras culturas, como pueden ser la etnia o la religión. Creo que esta mediación se da, efectivamente. Así un emigrante integrado en su país de acogida puede sentirse obligado a ser leal con su país de origen o con su religión más que nada porque son los de su familia. Posiblemente muchos lazos de “identidad” que nos atan a sistemas de pertenencia más amplios se desatarían fácilmente si no estuvieran ligados a esos otros lazos tan poderosos que son los familiares.

Pero como terapeutas sistémicos –aunque familiares- no podemos quedarnos sólo con la familia. Pues estas culturas extensas están más allá del “intermediario”; hay aspectos de esas culturas o sistemas que llegan por otros canales, al margen de la familia e ignorados incluso por ella; la familia no los controla. Y también hay sistemas de pertenencia en los que un individuo se encuentra inmerso sin pasar por la familia, como son los grupos de amigos, el sistema escolar, el laboral, etc. Cada uno de ellos tiene una cultura, con su organización y su mitología, y aunque repercuten en la dinámica de la familia, no toman a ésta como intermediario. Por el contrario, a veces se enfrentan a ella, atrapando al individuo preso entre sus lealtades a varios de estos sistemas.



La cuestión que se debate en el fondo me parece ya antigua. Se trata de la importancia que podemos o debemos dar a esos otros sistemas de pertenencia que quedan tras la familia o al margen de ella; si es útil tomarlos en cuenta en terapia familiar y si tenemos medios para abordarlos.

Por otro lado, creo que hemos llegado al mismo centro del debate que enfrentó a Salvador Minuchin con varios terapeutas constructivistas. Hablando sobre identidades, hemos acabado en la misma pregunta con la que Minuchin tituló el artículo que dio origen a tal debate en 1998: “¿Dónde queda la familia en la terapia familiar narrativa?” Parafraseándolo, podríamos decir: ¿dónde queda la identidad familiar en el modelo plural de las identidades sociales?

**J.L.L.** Yo creo que hemos ido más allá, y estoy muy contento con este debate, que siento ha enriquecido mucho mi discurso y espero que también el tuyo.

Una de las críticas que yo hago a nuestros postmodernos es esa impresión que comunican de estar descubriendo la sopa de ajo, es decir, la obviedad de que somos seres socialmente determinados. Incluso citan a FOUCAULT como si hubiera escrito sus obras en las fechas de sus traducciones al inglés, y no veinte o treinta años antes, cuando se podía hilvanar una argumentación marxista sin que nadie se escandalizara.

Yo creo que el poder es determinante en la génesis y en el desarrollo de la psicopatología, pero no sólo desde el macrosistema social y su articulación del lenguaje como discurso, sino también, y sobre todo, a través de las elaboraciones que de él hace la familia en sus diversos juegos disfuncionales. Resumiéndolo, y parafraseando a MATURANA, somos criaturas primariamente amorosas y secundariamente maltratantes. Cuando el amor se nos bloquea, fundamentalmente por el poder, desarrollamos maltrato y psicopatología. Y es importante que dispongamos de instrumentos teóricos para incidir en esa encrucijada, en la que convergen el individuo, la familia y otros sistemas relacionales.

**A.C.** Si, es muy importante desarrollar estos instrumentos, y por eso nos han gustado nuestros diálogos; pero sobre el asunto de la primacía o de prioridad temporal del amor tendríamos tema para continuarlos, aunque no espacio aquí.

#### Bibliografía

- ANDERSON, Harlene. (1997) *Conversation, Language and Possibilities: a Postmodern Approach to Therapy*, Nueva York, Basic Books. (*Conversación, lenguaje y posibilidades. Un enfoque posmoderno de la Terapia*, Amorrortu).
- BERNE, Eric (1964): *Games People Play. The psychology of Human Relationships*, New Cork, Grove Press (*Juegos en que participamos*, México, Diana)
- CARRERAS, Alberto (1999) “Unidad o pluralidad. Jerarquía o anarquía en la mente”, en Carreras. A. (ed.): *Tras la consciencia*, Zaragoza, Mira.
- COLAPINTO, Jorge: Seminario sobre “Abordaje terapéutico de problemas en la adolescencia: una nueva perspectiva sistémica”, Zaragoza (España) 1999.
- GERGEN, Kenneth J (1991): *The Saturated Self. Dilemmas of Identity in Contemporary Life*, Basic Books (*El yo saturado*. Barcelona, Paidós)
- GERGEN, K. y DAVIS, K. (comps.) (1985): *The Social Construction of the Person*, New York, Springer Verlag.
- GOFFMAN, Erving (1959): *The Presentation of Self in Everyday Life*, New York, Doubleday (*La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu).
- LINARES, Juan Luis (1996): *Identidad y narrativa*, Barcelona, Paidós
- MINUCHIN, Salvador (1998). “Dónde queda la familia en la terapia familiar narrativa”, en rev. *Mosaico*, nº 13.
- STRAWSON, Galen (1997), "The self", en *Journal of Consciousness Studies*, 4, nº 5/6, pp. 405-28.
- TAJFEL, Henri. (1981): *Human groups and social categories*, Cambridge Cambridge Univ. Press. (*Grupos humanos y categorías sociales*, Herder).